

dedo en la llaga, apuntando a las coordenadas en las que se desenvolvería la obra global de Huxley, esa mezcla de amplísimos conocimientos e implacable intelectualismo que debemos aceptar como requisito previo a cualquier apreciación positiva de nuestro novelista. No es éste el lugar para reanudar la polémica sobre la verdadera estatura de Huxley como narrador y bastará que convengamos, al menos, que se trata de uno de los escritores ingleses más característicos de la primera mitad del siglo, responsable cuando menos de una novela excepcional, *Point Counter Point* (1928), que es capaz como pocas de reflejar el ambiente intelectual y elitista de la Inglaterra de entreguerras, así como de una serie memorable de piezas narrativas, entre las que, para mí, destacan *Brave New World* (1932) e *Island* (1962), a las que en ningún caso cabe negar dos rasgos fundamentales: su indiscutible amenidad y capacidad para atraer al lector y el humanismo generoso, noble y progresista en el que se asientan sus intenciones didácticas.

El genio y la diosa, que en traducción lograda de Miguel de Hernani es ahora novedad editorial en España, constituye, sin duda, una obra menor, tanto en extensión como en cuanto a sus pretensiones. No representa uno de los esfuerzos principales de Huxley por transmitirle al mundo los beneficios de su sabiduría y de sus inquietudes morales, ni supone tampoco un experimento literario altamente innovador. Pero una vez dicho esto, debo apresurarme a añadir que se trata de una deliciosa ejecución literaria, en la que el amante de la creación huxleyana volverá a encontrar los ingredientes familiares que han conferido al escritor su bien merecido prestigio. Tengo para mí que las obras menores equivalen muchas veces a una de las fuentes de placer más considerables que puede ofrecernos la literatura, y el lector que consagre dos o tres horas a recorrer esta preciosa narración podrá darse cuenta fácilmente de que no le engaña. Articulada en forma de una conversación entre el narrador y un personaje llamado John Rivers, que es en realidad quien nos refiere su historia, *El genio y la diosa* relata las peripecias de una pareja harto típica del universo de Huxley. El genio es Henry Maartens, un científico distraído que lo sabe todo en su campo, pero para quien no hay mucho más aparte del sexo en su vida práctica; y la diosa es su aún joven y deseable esposa, Katy, que a través de un iluminador episodio amoroso con Rivers despoja a éste no sólo de su ya tardía virginidad, sino también de un torpe puritanismo anglosajón, a la par que hace gala de esa gozosa amoralidad pagana tan exquisitamente esgrimida por la aristocracia intelectual y artística de los años veinte. Entre tan refinados y envidiables márgenes se mueven una vez más los personajes de Huxley en esta novela corta, y es en este espacio reducido al que por nacimiento y dotes pertenecía nuestro autor en el que podemos obtener los frutos de su planteamiento.

Aceptadas estas premisas, el lector que sepa apreciarlo podrá gozar al máximo de ese lenguaje de la inteligencia que con tanta naturalidad supo desarrollar el Huxley novelista y ensayista, con sus símiles exactos e ingeniosos, su dicción ligera e ilustrada a la vez. Porque será verdad que los hechos que se nos refieren no dejan de ser intrascendentes, pero no es menos cierto que es la personalidad del narrador la que mantiene en alerta la curiosidad y el interés, como nos sentimos prendados de la palabra de un conversador culto y atractivo, que no puede evitar brindarnos en todo momento el producto de su inteligencia chispeante. No es otra cosa la que torna

sugestiva la escritura de Huxley, en la que cada detalle es de inmediato susceptible de ser puesto en relación con otro que no intuíamos, o con un mecanismo general, o con las fuentes del saber humano que en ese instante resultan relevantes y de la que están permanentemente ausentes la pedantería, el engrعيمiento fatuo y la erudición fuera de lugar.

Si una literatura como ésta puede a la postre parecernos incompleta, la culpa no puede ser de Huxley, que cumplió con la triple exigencia de instruir, deleitar y ser insobornablemente fiel a sí mismo. El desfase finalmente existente entre sus novelas y la realidad que conocemos hay que atribuirlo, me temo, a la lamentable primacía de la mezquindad, la estulticia y la vulgaridad en nuestro mundo de todos los días. Sólo así puedo explicarme que una *rara avis* como Aldous Huxley se vea condenada a ocupar el sitio de un santo utópico y un punto risible, cuyas verdades prácticas seguirán cayendo en el saco roto de un limbo inexistente. El que la miel no fuera hecha para la boca del asno no nos libra, al fin y al cabo, de vernos rodeados de cuadrúpedos hasta donde alcanzan a mirar los siglos.—BERND DIETZ (*Jardín del Sol*, 76. TACORONTE, Tenerife).

Al impulso del Tarot *

Como muchas capitales de provincia españolas, Pamplona fue una de las ciudades que no despertaron con furor al llamado clamoroso de la revolución industrial y burguesa. Seguía siendo encantadoramente provinciana, conservando ese aire de decadencia exquisita, hacia el final del pasado siglo y en las primeras décadas del presente. Las fuerzas vivas de la ciudad eran todavía aquellos círculos de ilustrados y de familias que conservaban rancieramente apellidos y blasones. Tímidamente progresistas y criptomasonicos, algunos individuos jugaban a conspirar, a la erudición florida y hasta la drogradicción como exótico ejercicio.

Con éstos o similares términos podría definirse a la sociedad que abriga la existencia de Enrique Estébanez, protagonista central de *El Pasaje de la Luna*. La intención de su autor, Miguel Sánchez-Ostiz, no es la de pergeñar heroicamente una serie de hechos, a los que apriorísticamente podríamos catalogar de simples y sin demasiada connotación literaria. Pero esto a priori, como se ha dicho. Si se profundiza detenidamente en el contexto, se encontrará la finalidad que en la narración puso el autor, la cual no es otra que a base de pincelazos, en ocasiones fuertes, presentarnos cómo era la burguesía pamplonica de la época. Una clase social que aún lucha para mantener una serie de privilegios, encerrada en las murallas de la ciudad. Esto de las murallas aparece una y otra vez en el curso de la obra como descripción ambiental del

* MIGUEL SÁNCHEZ OSTIZ: *El pasaje de la Luna*. Editorial Trieste, Madrid.

escenario, pero puede muy bien atribuirse a lo hermético de la psicología que envuelve el accionar de los protagonistas y a los que el autor pretende dar vida, recorriendo con ellos sus lugares de ocio y reunión.

El hombre que ya en la frontera de la madurez decide encerrarse en una campana de cristal tiene dos opciones a elegir: convertirse en un huraño y con extraños vicios que muchas veces desembocan en catástrofes, o en un ser con alma despejada y abierta a todo tipo de sensaciones que le brinda el mundo exterior a través de lecturas y de inusuales contactos más allá de la ventana de su refugio. Diferentes los dos de aquel que ha escogido hacer de sí un calavera.

Enrique Estébanez se decide por el camino de la contemplación y la nostalgia. Para él, sumergirse en el mundo de las lecturas y la evocación de épocas es la vida misma; construir un presente falso a base de recuerdos y fantasmas que pululan en su espíritu y que conviven con él son ya parte integral de su persona. Una fotografía antigua es como una bocanada de aire fresco que le falta y que es incapaz de recoger o ir a por él más allá de las paredes de su vivienda. Practica el sacerdocio del estudio inútil, de la investigación estéril, el caprichoso vicio de hacer para deshacer. La poca importancia que le da a sus conocimientos le lleva a no concederle mayor trascendencia al hecho que los alumnos de un centro donde dicta clases se burlen de él y de la asignatura que imparte.

Sánchez-Ostiz plantea la existencia de un individuo cerrado en sí mismo, pero que es al tiempo veleta de las circunstancias y la fuerte personalidad de otros seres. A pesar de no sentirse atraído del todo por determinados ambientes, a la hora de entrar en contacto con ellos no posee la suficiente personalidad para rehusar el acercamiento. Se deja conducir como un jovencito inexperto y dócilmente cae en situaciones embarazosas próximas al serio compromiso. Y es que, en ocasiones, Enrique Estébanez parece como estar buscando una identidad a sabiendas de que no la podrá encontrar por el camino que en ese momento recorre; al mismo tiempo sabe que no tiene otra salida, pues ya ha incursionado por esos senderos con iguales resultados, es decir, fallidos en cuanto al encuentro con la identificación plena.

En el momento en que transcurren los hechos, recibe la visita de un hermano materno —de leche, como escribe el autor—, individuo de mundo quien, proclive a la claustrofobia, no resiste la presión de las paredes del hogar y tiene que salir en busca de aventuras o situaciones que, de algún modo, se parezcan a ellas. Ama la vida de los cafés, tabernas y salas de juego. Algo taurino, confía su equilibrio económico a lo que le deparen las barajas y ruletas. Como es fácil imaginar, Enrique Estébanez no puede resistir a la influencia de este hermano y una noche sale con él. Las vicisitudes ocurridas a lo largo de esa jornada constituyen todo el tema de la obra.

Pero no sería oportuno hacer una reseña de todo lo ocurrido. Paso a paso y a través de siete lugares, que son siete situaciones, somos informados de la personalidad de Estébanez, de ese infantilismo endémico que lo acercarse a todo y a todos de forma casi obligada. Es alguien que debe huir de sí mismo y no encuentra la forma de hacerlo. Momentos hay en que toda su personalidad se ve analizada y pasada por el filtro de las comparaciones con otros individuos cuyo comportamiento no se puede

decir que sea ejemplar del todo y, mucho menos, propicio a servir de guía para el atribulado Estébanez.

Encarna Enrique Estébanez a esos seres que vagan por la existencia sin encontrar acomodo alguno; lo que no quiere decir que tal estado de cosas les atormente demasiado, de una forma constante. Sólo en ocasiones muy precisas se plantea el tema y cómo salir del atasco. Entonces recurren maquinalmente, casi actuando por mimetismo, hacia congéneres a quienes tampoco toman del todo en cuenta. Es así que Estébanez, en la misma noche de los acontecimientos, visita a una cartomántica, mujer que le conoce desde la infancia misma por ser amiga de la madre de Estébanez. Presume de saber su vida al derecho y al revés y todo gracias a las cartas del Tarot, por las que Estébanez no siente sino una lejana curiosidad. Pero, no obstante, esa noche está allí, sentado ante la mesa entapetada de la cartomántica y dispuesto a que la magia de las cartas aclare su presente y de alguna manera le prediga el porvenir.

Porque es el porvenir lo que tanto le atormenta. Está en una edad frontera; plenamente instalado en la madurez, no está nada seguro de haber aprovechado la vida juvenil tal y como ésta brinda sus bienes a quienes saben disfrutarlos. Se siente de alguna forma estafado por él mismo y no quiere seguir estándolo todo lo que le resta de vitalidad.

Se deja desmenuzar por la cháchara de la cartomántica y poco a poco ésta lo pesa en la balanza del Tarot. Cree llegar hasta lo más profundo de Estébanez, quien asiente con la elocuente respuesta del silencio. Por fin, la mujer llega a un punto donde compara la existencia de su cliente con una figura gaseosa que traspasa espejos, concretamente la luz de las lunas de éstos y que esa noche, tan variopinta en sensaciones para él, es, tal vez, la meta de todo el camino hasta ahora recorrido y el umbral de una nueva existencia.

Enrique Estébanez le da una importancia superficial a lo que le ha dicho la cartomántica. No obstante, sus palabras le molestan como una piedrecita en el zapato. Decide dar rienda suelta a la juerga a la que ha sido arrastrado esa noche por su medio hermano. Y va como un autómatas, visitando lugares porque sí, porque hay que hacerlo, ya que hay una ley no escrita que le obliga a ello.

Sin desearlo, por supuesto, va recorriendo la galería de espejos que prefiguran las cartas del Tarot. Estas hablan de la Rueda de la Fortuna, el Arcano sin Nombre, La Justicia, La Luna y El Loco... Locales y clubes llenos de humo y olor a alcohol se asemejan a las cartas que la pitonisa ha desplegado ante sus ojos y a las que iba dando una interpretación abstracta, ambigua, sólo real y sólida a quien esté dispuesto a creer en semejantes cosas. Al final, la pitonisa habla de un viaje que Estébanez tiene que hacer y que, indefectiblemente, hará al cabo de esa noche que es como el final de otra noche —su vida hasta el momento— y la mañana que tendrá que alumbrar un porvenir diferente. Nada ni nadie puede asegurar que lo que viene sea mejor a lo que se deja; sólo que es diferente y nada más. El cómo será es el riesgo y el precio que debe pagar todo aquel que desee un cambio de vida.

La noche declina y, con ella, el bullicio discreto pero febril en Pamplona. La capital navarra despertará y, con ella, toda esa quietud y pereza moral que se encierra tras sus viejas murallas. Enrique Estébanez contempla desde la Plaza del Castillo que